DISCURSO

PRONUNCIADO POR

DON QUINTIN MORENO Y POBLADOR

PROFESOR DE INSTRUCCION PRIMARIA

del pueblo de

GUIJO DE SANTA BÁRBARA

Á LA

INAUGURACION DE LAS OBRAS DE LAS ESCUELAS DEL MISMO.

MADRID:
IMPRENTA DE D. ANTONIO PEREZ DUBRULL,
calle de la Flor Baja, núm. 22.

1878.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR

DON QUINTIN MORENO Y POBLADOR

PROFESOR DE INSTRUCCION PRIMARIA

del pueblo de

GUIJO DE SANTA BÁRBARA

Á LA

INAUGURACION DE LAS OBRAS DE LAS ESCUELAS DEL MISMO.

MADRID:
IMPRENTA DE D. ANTONIO PEREZ DUBRULL,
calle de la Flor Baja, núm. 22.

1878.

SEÑOR DIRECTOR

Y DEMÁS CATEDRÁTICOS DE LA ESCUELA NORMAL SUPERIOR DE CÁCERES.

Muy señores mios y de todo mi respeto: Por acuerdo del Ayuntamiento de esta localidad se han impreso las siguientes páginas, que dictó el corazon, no la inteligencia, por lo cual carecen de armonía y enlace. Ninguno es, por tanto, su mérito literario; y si he accedido á la pretension de la indicada Corporacion, ha sido únicamente por el deseo de que el asunto de que son objeto se difunda y pueda servir de estímulo á otras localidades.

Y como la poca erudicion que contengan á Vds. la debe, á Vds. tambien se la dedica, saludándoles respetuosamente, su afectísimo seguro servidor y discípulo,

Q. B. SS. MM.,

QUINTIN MORENO Y POBLADOR.

VICENTE GUILLEN Y CARRASCO
ABOGADO
PLASENCIA

DISCURSO

pronunciado por D. Quintin Moreno y Poblador, Profesor de Instruccion primaria del pueblo de Guijo de Santa Bárbara, á la inauguracion de las obras de las Escuelas del mismo.

El niño es el hombre del porvenir: la humanidad entera. (*Dupanloup.*)

El que hace á un niño más feliz de lo que era, aunque no sea sino por media hora, coadyuva á la obra de Dios.
(*Divight.*)

Si se reformase la educacion de la juventud, se conseguiria reformar el linaje humano. (*Leibnitz.*)

Educad bien á vuestros hijos, enseñadles el camino de la virtud, y os habreis hecho un gran bien á vosotros mismos y á la humanidad entera. . . . . .
. . . . . .

Señores: No me sería fácil, sin hacer traicion á mis sentimientos como vecino de este honrado y laborioso pueblo, en el que la suerte ha querido colocarme, y sin desoir la voz del deber, como encargado que estoy de la educacion de los que más tarde han de regir sus destinos, dejar de dirigiros mi desautorizada voz en momentos tan críticos como el presente, en que celebramos la inauguracion de un establecimiento cuyo fin y principal objeto es el domiciliar entre nosotros el saber, el amor al trabajo y á la práctica de las buenas costumbres.

Sí, queridos paisanos: en la dilatada vida de los pueblos hay indudablemente dias de ventura inmensa, de alegría sin límites y de pleno regocijo, que interrumpiendo la marcha ordinaria de tantos otros como pasan sin dejar tras sí la huella más insignificante, vienen, como si dijéramos, á formar época, porque en ellos tiene lugar algun acontecimiento grande, que, cambiando su faz é imprimiéndoles en su frente el sello de la civiliza-

cion, han de ocupar una página de gloria en sus anales.

¡Guijeños! Tal es éste que hemos tenido la dicha de alcanzar, en el que, para bien de nuestros hijos y honra nuestra, inauguramos una obra que, aunque humilde en la forma, será, no lo dudeis, grande en la esencia, porque al fin no es otra cosa que un monumento que la mano benéfica de uno de vosotros, con vuestra cooperacion y beneplácito, levanta al saber, á la instruccion y á la ciencia, para que en él sean perpétuamente cultivadas y honradas.

¡Pensamiento grande! ¡Idea sublime! Porque ¿qué otro don pudiera ser más digno de vuestra gratitud y reconocimiento? Sin duda que entre cuantos pudiera hacer á su pueblo un vecino instruido y cristiano, ninguno tan grande, tan provechoso como la ilustracion.

Para poderla estimar en lo que vale, básteos considerar que de nuestra mayor ó menor ilustracion depende nuestra futura felicidad: que mientras no seamos bastante ilustrados, no sabremos hacer uso de los sagrados derechos que el Supremo Sér nos consignára en el inmutable código de la humanidad; y que sólo los pueblos ilustrados, rompiendo las cadenas de la ignorancia, consiguieron salir del estado degradante en que les tenía sumidos el látigo vil de la esclavitud.

Mas si estas poderosísimas razones no fueran capaces de estimularos á la adquisicion de tan preciosa joya, fijad por un momento vuestra vista en aquellos infelices pueblos que aún permanecen sumidos en su ignorancia primitiva. Comparad aquellos desgraciados séres con el hombre civilizado, y podreis apreciar la gran diferencia que los distingue. Aquellos viven errantes, pobres y vagabundos sobre la tierra, que sólo les produce malezas y abrojos; miéntras éste se asocia de sus semejantes, estudia la naturaleza, y la naturaleza, complacida de ser objeto de sus investigaciones, le abre su fecundo seno y derrama en pós de él sus infinitos tesoros.

Los primeros se ven precisados á disputar á las fieras el terreno que pisan, las grutas en que se guarecen y hasta el frugal alimento de que viven y se mantienen, miéntras el segundo domestica esas mismas fieras, edifica cómodas viviendas y se nutre de las más exquisitas sustancias. En una palabra: el hombre salvaje vive sujeto y esclavizado á la naturaleza, sin que pueda arrancarla ninguno de sus secretos, miéntras el hombre civilizado inventa el vapor, y le da diversas aplicaciones; la imprenta, y propaga sus pensamientos; la electricidad,

y conversa como si estuviese de silla á silla con sus hermanos de apartadas regiones; el pararayos, y se pone á salvo de los furores de la tempestad, y atravesando impávido las bramadoras olas del Océano, manifiesta claramente que es el rey de la creacion, y que en el mundo físico todo le es posible.

¿Y puede darse espectáculo más triste que ver sujeto y esclavizado á la naturaleza al hombre que nació para enseñarla? Hé aquí el por qué los sábios todos, de todos los tiempos, han mirado la instruccion de los pueblos como el primer objeto de sus leyes. Trabajamos incesantemente en el descubrimiento de los estudios y ejercicios más á propósito para la educacion de los jóvenes, y á los cuales deben dedicarse, á fin de llegar á ser hombres distinguidos, decia Platon; viene el niño al mundo dotado de facultades que duermen, provisto de órganos que no saben obrar. Es preciso que una mano instruya estos órganos, que una inteligencia ponga en movimiento estas facultades, decia tambien el célebre Thery. ¿Podremos lisonjearnos de que obramos segun los designios de la naturaleza si somos negligentes en cultivar las facultades de que nos ha dotado con su paternal benevolencia? pregunta el inmortal Miss Humilton.

Pues bien, Señores: convencido de las incalculables ventajas que la instruccion reporta á los pueblos, y ambicionando para éste en que por primera vez abrió sus ojos al mundo todo género de felicidades, uno de vuestros convecinos, que no designaré porque se resentiria su extremada modestia, ha desarrollado en su mente y abriga en su corazon el vivísimo deseo de realizar el plan que ligeramente y á grandes rasgos voy á describiros.

Se construirá un edificio que constará de dos pisos: en el principal se establecerán las escuelas, y en el segundo las habitaciones de los profesores. Además de las escuelas que hoy tenemos, habrá una de párvulos, otra nocturna, y otra dominical, gratuitas, puesto que de su propio peculio el fundador deja á favor de ellas la cantidad suficiente á producir en renta, y con un interés proporcionado, el importe total de sus gastos, con lo cual ningun desembolso habrán de hacer los alumnos concurrentes ni el fondo municipal.

En el piso bajo, ó sea en una de las escuelas, se establecerá una biblioteca popular, donde podrán concurrir á leer, á conversar ó á por libros, si los garantizan, los vecinos que gustaren. Y, últimamente, se formará un depó-

sito de ropas de camas, para en caso de necesidad poder prestar algun abrigo al pobre necesitado.

Este, queridos oyentes, es el plan de la obra cuya inauguracion hoy celebramos, sobre el que, y con el fin de llevar á vuestro ánimo el convencimiento de su grande importancia, voy á permitirme hacer algunas observaciones.

Convencido sin duda el fundador de que la ignorancia, ese negro pedestal sobre el cual descansan los vicios, es orígen de la miseria; que las dos unidas contribuyen á la desmoralizacion, y que ésta á su vez es la precursora de las malas costumbres, su idea predominante es combatirla, desterrarla de entre nosotros; y al efecto; hé aquí que además de dar un gran impulso á la enseñanza elemental, crea una escuela de párvulos y dos de adultos.

A la primera podrán concurrir los niños de ambos sexos desde que principian á andar hasta los cinco ó seis primeros años, en cuya edad podrán pasar á la elemental respectiva, con notable diferencia de como en ellas se presentan hoy.

Aquí paréceme oir un sordo murmullo que, saliendo de entre la multitud, me interroga: «¿Y qué conseguiremos con esas escuelas, si los niños que han de concurrir á ellas nada adelantarán, porque su edad no ha de permitírselo...?»

¡Ah! ¡Cuánto pudiera contestar si no temiera molestar demasiado la atencion de los más, que penetrados del benéfico influjo y saludables resultados de las escuelas de párvulos, me parece verles levantarse y confundir ese vago rumor diciendo: «Las escuelas de párvulos han sido, son y serán de reconocida utilidad moral y material!»

Porque ¿á quién se le oculta la gran diferencia que habrá entre un niño que al cuidado de otro pequeñuelo pasa sus cinco primeros años en esas calles, sufriendo el rigor de las estaciones, aprendiendo en los resolanos consejas inmorales que nunca olvidará, y expuesto tal vez á mil peligros, porque su jóven guardian le abandona frecuentemente para dedicarse á sus infantiles travesuras, y otro niño que asistiendo á la escuela, apenas sabe hablar cuando se le acostumbra á ejercitar su lengüecita pronunciando los sacrosantos nombres de Jesus y María, y su oido entonando himnos infantiles, que á la vez que desarrollan dulcemente sus facultades intelectuales, enriquecen su alma con cristianas máximas que, cual si fuera en bronce, quedarán esculpidas en su tierno corazon para no borrarse jamás?

Y además de esto, la madre de familia, ¿no podria con más sosiego dedicarse á sus quehaceres, segura de que ningun riesgo corren las prendas de su cariño?

Por otra parte, esa multitud de niños que, dedicados á la vigilancia de sus pequeños hermanitos, se ven privados de concurrir á las escuelas, ¿no podrian hacerlo, ó en otro caso dedicarse á las faenas campestres?

Ultimamente: cuanto más pequeño es el árbol, con mayor facilidad hace el arboricultor el ingerto; cuanto más tierno es el corazon del hombre, le es más fácil al educador inclinarle al bien.

A las escuelas de adultos podrán concurrir los hijos del trabajo, esa sencilla y productora clase; la juventud labradora, en las veladas del invierno y dias de asueto, única época compatible con el arte á que están dedicados: la primera, la más noble, la más esencial, la más provechosa, la inocente agricultura. En ellas, y en el tiempo que habian de dedicar á la holganza, ó tal vez al vicio, adquirirán un caudal de conocimientos que les serán de gran valor en el trascurso de la vida, puesto que aprenderán á administrar el fruto del contínuo sudor que derraman sobre la tierra; ese inocente y precioso sudor que, deslizándose por sus atezadas mejillas, se empapa en el pan que acercan á sus lábios, en exacto cumplimiento de aquel terrible anatema que pronunciára el Creador despues de la falta de nuestros primeros padres. *In sudore vultus tui vesceris panem.*

Allí tambien los mentores de vuestros hijos, al explicarles la Religion de nuestros mayores, la santa doctrina del Mártir del Gólgota, haciéndoles ver sus excelencias, les pondrán de manifiesto los dos caminos que al hombre se le ofrecen al paso por esta vida. El uno ancho, llano y sembrado de rosas, pero que conduce á un horrible precipicio. El otro tortuoso, estrecho y cubierto de espinas, pero que se dirige á un delicioso valle donde se goza la vida dulce y apacible que Dios tiene prometida á las almas virtuosas. Para apartarles del primero y hacerles seguir el segundo, les dirán repetidas veces, reasumiendo la Santa Ley: «Amad á Dios sobre todas las cosas, porque es infinitamente bueno, y amad á todos los hombres, porque todos los hombres son hermanos vuestros, tanto los que pertenecemos á la raza Caucasiana, como los que pertenecen á la Mongólica, á la Malaya ó á la Etiópica, ó á la Americana, á pesar de la diferencia de sus colores, de sus facciones y de sus costumbres.»

Sí, señores: en aquel sagrado recinto se instruirán al-

gun tanto nuestros hijos en la ciencia divina, enseñándoles sus deberes morales y religiosos, sin los cuales no pueden desarrollarse las semillas de las virtudes cívicas en el corazon del hombre. Al efecto, los directores del establecimiento, enseñándoles á beber en las fuentes de vida de la inteligencia, les harán gustar las dulces máximas, las consoladoras oraciones de una religion santa, que ha de ser el bajel en que salven su existencia en el porvenir. Porque á la verdad, señores: ¿qué sería del hombre sin la fé religiosa? ¿No es ella la resplandeciente antorcha que con sus purísimos reflejos nos sirve de guía á nuestro paso por este valle de amargura? ¿No es acaso ella el áncora preciosa de salvacion, en la cual únicamente puede el hombre aportar á las ciudades eternas? Indudablemente, porque sin la fé religiosa el hombre no podria conocer al Sér Supremo, ni distinguir la mano invisible del Eterno, que con su paternal benevolencia cuida de la multitud de séres que pueblan el globo que habitamos, que con su infinita sabiduría rige la armónica marcha de los innumerables cuerpos que giran en el espacio, y que con su soberana justicia puede desquiciar el mundo cuando así cumpliera á su magnánima voluntad.

No es, pues, mucho que la educacion religiosa ocupe el primer lugar en nuestros programas de enseñanza; puesto que sin su poderoso auxilio, ¿cómo el pedagogo podria modificar los malos instintos de sus discípulos? ¿Cómo hacerles apreciar el honor y la prudencia, y cómo, en fin, hacer germinar en sus almas la humildad y la paciencia, la probidad y la templanza, la fortaleza y la dulzura, y todas esas bellas cualidades que tanto enaltecen al hombre, haciéndole amigo de Dios y querido de sus semejantes?

¡Desgraciados los que á consecuencia de su superficialidad religiosa, ó al impulso tal vez de la más refinada mala fé, siguen ciegamente y colocan á grande altura los falsos principios de la moderna filosofía.

¿Pretenden acaso, á imitacion del bárbaro Dupont, embriagados en las heces de la impiedad, poder anunciar desde la tribuna «No hay Dios,» para decretar despues la proscripcion de todo culto? ¡Insensatos! ¿No comprenderán que el hombre sin Dios es una verdadera quimera? ¿No comprenderán, repito, que al hombre en quien es innato el deseo de independencia, se le haria insoportable todo yugo de autoridad, si no tuviera una religion que, cual poderoso dique, contuviese su razon dentro de

los límites de la subordinacion debida á Dios y á los hombres?

«Es verdad, me replicaria acaso algun corifeo de la impiedad; necesítase una religion que no sea la católica, porque ella se opone á la felicidad de las naciones.»

Esto mismo dijeron Juliano y Celso, Maquiavelo y Rousseau, y otra multitud de genios maléficos que murieron en brazos de la incredulidad y fueron colocados en el panteon de la infamia. Mas en cambio Chateaubriand, Lamennais, Bonald, Maistre y otros, cuyos nombres serán pronunciados siempre con el respeto y entusiasmo á que justamente se hicieron acreedores por sus obras, han demostrado evidentemente la necesidad de la Religion católica para la felicidad de las naciones, y que la práctica de sus máximas es el verdadero barómetro que señala el grado de felicidad de los Estados.

¿Y merecen por ventura más fé aquellos miserables visionarios, que, cansados de hacer la guerra á Dios y á los hombres, terminaron su existencia, ó por medio del suicidio, ó á impulso de su misma desesperacion, bajando al sepulcro sin otro mérito ni premio que sus errores y apostasía, que unos varones ilustres que, habiendo empleado su vida en la defensa de la Religion de Jesucristo y en el descubrimiento de verdades útiles á sus semejantes, fijaban al morir sus ojos en el cielo como término de su viaje, y alrededor de los cuales se agrupaba la humanidad agradecida, recogiendo sus cenizas para colocarlas en el templo de la inmortalidad?

En verdad que no. Porque aquellos eran los defensores del paganismo con sus sombríos templos, sus ridículas deidades y sus mercenarios sacerdotes. Del paganismo, sí, que condenaba á muerte á los débiles, considerándoles como una carga pesada é insoportable, y premiaba la destreza en el robo como una habilidad provechosa y conveniente, miéntras éstos eran verdaderos apóstoles de la Buena Nueva, defensores del Cristianismo, en cuyos santuarios se adora al Sér Supremo. Del Cristianismo, que ha levantado infinidad de asilos benéficos, donde encuentran generosa hospitalidad el huérfano, el anciano y el menesteroso desvalido, que condena el robo, que ordena el perdon de las injurias, y que tiene por base el amor de Dios y del prójimo.

Bien penetrado sin duda el fundador de la obra que nos preocupa de la verdad de mi aserto, ha tenido la prudencia, celo y tacto necesarios para consignar en los Estatutos que para régimen y gobierno del estableci-

miento ha redactado él mismo, que allí no se enseñará nunca otra Religion que la católica, ni se permitirá cosa alguna que no esté en perfecta armonía con ella, á cuyo fin le ha colocado bajo la especial tutela y patrocinio de la Purísima é Inmaculada Madre del Dios humanado.

Dije que con esto ningun desembolso se ocasionaria á los alumnos ni al municipio; y voy á explicar la forma en que ha de atenderse al pago de las atenciones del establecimiento.

Cuando éste principie á funcionar, el fundador le legará próximamente unos mil duros, que, repartidos entre cuarenta vecinos, los más jóvenes, y con la suficiente garantía en lotes de quinientos reales, y á un interés que no excederá del ocho por ciento, amortizables en diez años, producirán la cantidad suficiente á cubrir los gastos.

Esto, como Vds. comprenden, es por sí sólo bastante causa para animarnos á contribuir con nuestros débiles esfuerzos á la realizacion de tan benéfico pensamiento, puesto que además de los beneficios de la instruccion se creará en el pueblo, sin exigir á nadie un céntimo, una especie de banco hipotecario, que además de destruir en gran parte los tristes efectos de la usura, será un dia el paño de lágrimas de más de cuatro familias, y una gran ayuda á nuestros jóvenes recien casados.

¿Y habrá alguno entre los que me escuchan que no dé expontánea y libérrimamente la prestacion personal, único sacrificio que se le exige, para el acarreo de materiales y trabajos análogos en la construccion del edificio, en cambio de tantísimo beneficio como ha de reportarles?

¡Señores! O somos ó no somos Guijeños.

No se limita el pensamiento á la instruccion de la niñez y de la juventud y al socorro del vecindario en la forma indicada: habrá tambien, como ántes dije, un depósito de ropas para cama, con el fin de auxiliar al menesteroso desvalido en el dia que, volviendo de su trabajo con el semblante descompuesto por el frio de la terciana, y el corazon comprimido con el recuerdo de sus queridos hijos, que sin él quedarian en la más triste orfandad, necesite una sábana para guardar el sudor cuando llegue la reaccion, y á beneficio de la que triunfa tal vez de su mal, y se devuelve al pueblo un honrado vecino, á su esposa y familia su sosten en la tierra. ¿No es éste un pensamiento esencialmente humanitario?

Tambien os hablé de biblioteca y tertulia, y á la ver-

dad que estas dos palabras por sí solas me bastarian para formar un largo y razonado discurso.

Allí podreis concurrir vosotros, labradores, industriales y ganaderos; y á la vez que converseis sobre vuestras cosechas, el estado de vuestros ganados y el producto de vuestra industria, os dareis mútuamente noticia de las oscilaciones del mercado: lo que, además de proporcionaros honrosa distraccion, os instruirá con provecho de vuestros intereses.

Las obras de la biblioteca serán escogidas, para que, en vez de enervar vuestra inteligencia y pervertir vuestro corazon, ilustren y eleven vuestro espíritu.

¡Acudid allí, honrados campesinos! Y así como en vuestras faenas rurales desplegais grande abnegacion y constancia, lanzaos llenos de fé y entusiasmo por el camino del progreso.

Largo, penoso y difícil es el camino, por lo cual no podrá emprenderle, ni mucho ménos obtendrá el sublime objeto que debe estimularle, el que no se despoje por completo del ignominioso vicio de la pereza.

Adelante, pues, y comprended de una vez para siempre que la pereza es un vicio que adormece á los pueblos para sumirlos en el más despreciable quietismo, miéntras la actividad es una virtud que, poniendo en movimiento todas sus facultades, les declara libres, les impulsa al estudio, y promueve el desarrollo de sus intereses morales y materiales.

No permitais, por tanto, que ninguno se quede rezagado; y los que tengais la dicha de caminar á la vanguardia, sabed que teneis el deber de dirigir vuestras miradas á la comitiva que os sigue y fortalecer su espíritu, gritándoles sin cesar: «¡Adelante! ¡Adelante!»

Pero si esto no bastase; si necesitárais conmoverles de entusiasmo, mostradles esas gigantescas figuras que han salido de nuestra especie. Habladles de Galileo, descubriendo el movimiento de nuestro planeta; de Colon, ofreciendo á Europa un mundo; de Guttenberg, proporcionando á la humanidad la imprenta, verdadero rayo de la civilizacion que derrama su luz por todas partes, en alas del vapor, precioso legado debido al inmortal Blasco de Garay, y despues decidles:

«¡Gozaos en esas estátuas, y proseguid vuestra marcha! ¡Alegraos de ser hombres, porque el hombre ha sido capaz de esos maravillosos inventos! El hombre ha tenido el atrevimiento de lanzarse al viento, á manera de águila imperial, suspendido por un pedazo de sutil tela;

y el hombre, en fin, ha penetrado en las entrañas de la tierra, ha variado el curso de los rios y ha robado al mar hermosas y dilatadas vegas.»

¿Y quién no se conmueve de entusiasmo? ¿Quién no se llena de admiracion y de júbilo, reconociendo su procedencia divina, á la vista de esos sublimes genios, cuyos nombres quedaron escritos con indelebles caractéres en el templo de la fama?

Si hubiere alguno, podreis muy bien decirle:

«Tú no has nacido para cooperar al bien de la humanidad, ni para dar testimonio de las grandezas de Dios.»

Ved dónde termina esa senda, cubierta de espinas, sí, pero espinas que producen hermosas y aromáticas flores; mas tened entendido que el hombre por sí sólo no puede caminar en las primeras jornadas; que necesita un guía, que necesita sosten, que necesita una luz para no despeñarse por los precipicios que encontrará á cada paso, y que ese guía, ese sosten, esa luz, son la madre y el maestro.

Porque habeis de saber que la madre y el maestro son los que despiertan en nuestra alma las pasiones nobles, las saludables ideas que deciden nuestro porvenir. Que la madre y el maestro son los que forman el corazon del hombre. Que la madre y el maestro son los que pueden dar buenos ciudadanos á la pátria, y, por último, que en la madre y en el maestro está nuestro porvenir.

Ved todo lo grande, todo lo noble, todo lo sublime de la mision de la mujer en el mundo. No creais que nació para satisfacer deseos impuros, ni la creais un objeto de capricho. Comprended, pues, que es necesaria su educacion, y que si léjos de ennoblecerla la envileceis, ¿qué ideas nobles, qué pensamientos dignos quereis que trasmita á vuestros hijos?

Ved tambien lo importante, lo penosa y lo difícil que es la mision del maestro: y puesto que sois padres de familia, si amais á vuestros hijos, si deseais hacerles virtuosos y felices, proporcionadles uno digno, ilustrado y virtuoso: porque el maestro es para la inteligencia del niño lo que la nodriza es para su cuerpo: y así como no permitiríais que éste desfalleciese por falta de alimento, tampoco permitireis que muera su inteligencia por falta de conocimientos.

Y puesto que ya teneis una idea de los grandes deberes que nos impone nuestra sagrada y noble mision: ya que no os sea posible, por carecer de autoridad, el organizar bajo las más sólidas bases el importantísimo ramo

de la instruccion pública concediendo al Magisterio un puesto distinguido en la sociedad, y dotándole con los recursos que necesita para cubrir sus necesidades y la representacion que debe tener entre los demás hombres, por lo ménos, al reflexionar sobre la educacion de vuestros hijos, acordaos alguna vez del maestro, de ese pobre y poco considerado pedagogo.

Y si sois agradecidos, dirigiéndole desde lo más íntimo de vuestro corazon un cariñoso recuerdo, no podreis ménos de exclamar: «Ese es el laborioso obrero que dedica sus dias al más penoso trabajo, para llenar de placeres los nuestros. Digno es de todo nuestro aprecio y consideracion.»

Enterados, pues, como estais del elevado objeto de ese modesto edificio en el que hoy habeis colocado la primera piedra, réstame sólo encareceros que bendigais al Señor que ha infundido en el alma del fundador tan filantrópica idea, superior tal vez á los recursos de que puede disponer, y en las vuestras el deseo de ser sus colaboradores.

Pidámosle, pues, todos, con toda la eficacia de nuestras almas, su poderoso auxilio, para que, unificando nuestras voluntades, allanando los caminos y salvando cualquier dificultad que surgir pudiera, luzca pronto el dia en que veamos coronados nuestros esfuerzos.

He dicho.

A LA

INAUGURACION DE LAS OBRAS

DE LAS

ESCUELAS DE ESTA VILLA.

INTRODUCCION.

1.°

Ya la aurora
Resplandece;
Ya amanece
Claro sol,
Y devuelven
Sus albores
A las flores
Su color.
Ya la brisa
Fresca siento,
Y el contento
Gorjear
De sonoros
Ruiseñores,
Que cantores
Por demás,
Orgullosos
De sus trinos,
Entre espinos
Cantan ya,
De natura
La grandeza
Y belleza
Sin rival.

2.ª

Ya los Guijeños,
De dos en dos,
Al campo salen
Por ver si heló.
Que hoy es domingo,
Y el trabajar...
Murmuraria
La vecindad.
Ya las mozuelas
Van á lavar
Ropa de niños
De corta edad.
Porque otra cosa,
¡Quite usté allá!
Murmuraria
La vecindad.
Ya empieza el «chacha...»
¿No sabes? ¿Qué?
Que lo dejaron
Luisa y José.
Mas... no lo digas:
Ten caridad.
Murmuraria
La vecindad.
.....
.....
.....
.....

3.ª

Mas densa niebla
Se forma ya,
Y el viento anuncia
Que lloverá.
Y los que el campo
Fueron á ver,
A todo escape
Suelen volver.
La niebla crece
De modo tal,
Que el viento trueca
En vendaval.

Las novias dicen
Con sentimiento:
«¡Hoy no habrá baile!
¡Jesus qué tiempo!»
Unos se alegran,
Pues sus ganados
Yerba no encuentran
Ni áun en los prados.
Otros lo sienten:
Que cierto fruto
Sólo se logra
Con tiempo enjuto.
Mas todo en balde,
Todo de más:
Si Dios lo manda,
Nos convendrá.
Lloviendo estaba
Y á buen llover;
Dar gusto á todos
No puede ser.

LA BENDICION.

1.º

¿Por qué con semblante
Tranquilo y gozoso,
Correis presurosos
Del tropel en pós,
Y sin que os retraiga
Crudo vendaval,
Con paso arrogante
Llegais al portal?
¿Por qué aquel anciano
Enfermo y temblon
Busca su cayado,
Deja su rincon,
Y con paso firme,
Del tropel en pós,
Tambien se dirige
Dó está la reunion?
¿Por qué el municipio
En corporacion,
Y por qué los niños
Con el Profesor
Siguen al Juzgado
(El municipal),
Y aunque el tiempo es malo
Llegan al portal?
Mas... ¿qué es lo que miro?
Tambien del Señor

El digno Ministro
Deja su mansion;
Y con cruz y estola
Y su rituäl,
Sus pasos dirige
Al dicho portal.
.....
.....

2.°

Y al llegar allí desfilan
Con religioso silencio,
Menospreciando la lluvia
Y la furia de los vientos.
Y yo, sin saber la causa
De todos estos aprestos,
Me voy trás la multitud
De gran curiosidad lleno.
Y cuando hubimos llegado
A la plaza del Tejar (1),
Todo el mundo se descubre
A pesar del vendaval.
Y entónces con voz solemne
Que al cielo debió llegar
A despecho de los vientos,
El Padre empezó á cantar.
Y en ese precioso idioma
De la Iglesia universal,
«¡Señor! á voces decia:
»Bendecid este lugar;
»Haya en él salud, pureza,
»Mansedumbre y humildad,
»Y que en él se glorifique
»A la excelsa Trinidad.
»Que predomine en él siempre
»Contra el vicio la virtud,
»Y en lo que cerquen sus muros
»Haya de ley plenitud.»
Cesó el canto, y el hisopo
Tomando, por aspersion,
A un pedazo de terreno
Concedió su bendicion.
Y luégo que terminó
La ceremonia sagrada,
Tomó una pequeña azada

---

(1) Sitio en que ha de construirse el edificio.

Y la tierra removió.
La autoridad le siguió,
Y con el mismo instrumento,
Tomando de él ejemplo,
Tambien la tierra cavó.
Y cavó la ancianidad;
Y la juventud cavó;
Y... ¡cuánto puede el ejemplo!
Llegó hasta mí, y cavé yo.

3.º

Entónces una voz sale
De entre aquella multitud:
Diciendo: «No hay en el mundo
»Tesoro cual la virtud.»
Era un anciano el que hablaba;
Y cuando aliento tomó,
Viendo que se le escuchaba,
Con voz dulce prosiguió:
«¡Guijeños! este ha de ser
»El sitio en que dediquemos,
»Segun tratado tenemos,
»Un monumento al saber.
»Haremos nuevos locales
»Para escuelas; y además
»De las dos elementales
»Que hoy tenemos, las habrá
»Nocturnas, dominicales,
»De párvulos, y... ¡ojalá
»Que sus directores hagan
»La virtud fructificar!
»Y así ha de ser; que Patrona
»De las escuelas será
»Aquella que nació pura
»Y entre querubes está:
»Ella la fé nos aviva,
»Ella nos reune este dia;
»Digamos, pues, todos ¡viva
»La pureza de María!»
Y ¡*viva*! gritamos todos,
Latiendo los corazones.
Y aquel viva resonó
En las celestes regiones.
Y de los vivas al son
Los cohetes ascendian,
Y ¡*viva*! tambien decian
Al escuchar la explosion.
Y las benditas campanas,

Con sus lenguas de metal,
¡*Viva*! dijeron ufanas,
La que es Reina celestial.
Y hasta las aves, y el viento,
Arroyos, campos y flores,
Dijeron: «¡Bendita seas,
«Refugio de pecadores!»
.....
.....
.....
.....
Al fin, como todo pasa,
Pasó tambien la emocion,
Y á la voz de la campana
El pueblo al templo acudió.
Y ya del caso enterado,
Por lo que al viejo le oí,
Contento de haber cavado
Tambien al templo acudí.

LA MISA.

—

1.°

Y allí postrados ante el ara santa
El Santo Sacrificio contemplamos,
Y al suelo nuestras frentes inclinamos
A presencia de un Dios de bondad tanta.
De incienso una gran nube se levanta
Caprichosas pirámides formando,
Y armónicos sonidos entonando
El órgano tambien por Rey le canta.
Y entónces el consuelo de sus males
Impetrando del Dios justo y clemente,
Tal vez está el magnate y el mendigo,
Que ante la real presencia son iguales,
Y ¡Santo... Santo... dicen juntamente;
Rey de cielos y tierra, tú conmigo!
.....
.....

2.°

Y al tiempo que la rúbrica señala,
El párroco, que allá en la sacristía
El momento esperaba, ya salia,
Y de hinojos postrándose ante el ara,
Dirigióse del púlpito á la grada,
La bendicion del preste recibiendo:
Y en el púlpito ya, silencio habiendo,
Llenó su voz la bóveda sagrada.

Y con robusta y dulce entonacion,
Con sencillo lenguaje, aunque sublime,
De la ignorancia los efectos gime,
Y canta la bondad de la instruccion.
Aplaude de su pueblo la intencion,
Y de Dios el divino auxilio implora,
Poniendo por segura Intercesora
A la que Madre fué del Hombre-Dios.
«Reina y Señora nuestra, la decia;
»Interpretando fiel el pensamiento
»Del pueblo que postrado este momento
»A tus plantas está, la lengua mia
»Tu proteccion reclama en este dia
»Para que nos concedas, si te place,
»Y de Dios los designios satisface,
»La gracia de acabar obra tan pía.
»Yo, en nombre del Señor, he bendecido
»El sitio dó una mano bienhechora,
»Con ayuda del pueblo, ya elabora
»A la virtud y ciencia dulce nido.
»Haced que nuestro gozo sea cumplido,
»Y que aprendiendo allí verdades bíblicas
»Al mismo tiempo que virtudes cívicas,
»Os salude este pueblo agradecido.»
.....
.....
Terminó el orador; y el preste sigue
El Santo Sacrificio interrumpido,
Y á sus manos desciende el Dios querido
Que espira en una Cruz y nos redime,
Aquel que en alas de un amor sublime
Quiso ser para el hombre Pan de vida,
Y que tiene otra gloria prometida
A aquel que dignamente le recibe;
Rey le anuncian del órgano los sones,
Y el pueblo su cerviz al suelo humilla,
Saludando al Cordero sin mancilla
La interna voz, que allá en los corazones
«¡Vierte, Señor, le dice, bendiciones
»Sobre tu humilde siervo! ¡Oye su llanto!
»¡Mitiga, si te place, su quebranto,
Y santifica sus aspiraciones!
.....
.....
Pasó el solemne momento;
Y cuando hubo terminado
El Sacrificio incruento,
Cada cual dejó su asiento,
Tal vez un tanto afectado.
Que es tal la suntuosidad
Que el templo sagrado ostenta,

Que es una casualidad
Que no se llegue á afectar
Quien sus umbrales penetra;
Pues del salterio al sonido,
Que rompe la dulce calma,
¿Hay justo que, conmovido,
No invoque á su Dios querido
Y al cielo eleve su alma?
Y al escuchar un *Dies illa*
De compás triste y sombrío,
¿No sufre, no se horripila
Y convulsivo vacila
El corazon del impío?
El caso es asaz notorio.
¿Te ries?—Pues, por ejemplo,
La noche de un velatorio,
De la casa del mortuorio
Dirígete solo al templo;
Pues dice un viejo cantar (1)
«Que á quien suele con la luz
»Y en campaña blasfemar,
»Bueno es hacerle pasar
»De noche junto á una cruz.»
Mas volviendo yo á mi cuento...
¿Te cansas?—No es maravilla
Que te fastidie mi acento.
Pero..... sígueme un momento
A la Casa de la villa.
.....
.....
Ya llegamos; pero, mira,
Una cuerda se aflojó
Con la humedad á mi lira;
Lector, refrena tu ira,
Templaré, y vaya otro son.

---

(1) Esta cuarteta es de D. José Zorrilla.

EN LA ESCALERA

Al fin, como te indiqué
En mi última quintilla,
A la casa de la villa,
Querido lector, llegué.
Es decir, dije llegamos:
Mas aunque parezca mal,
Quédate tú en el portal,
Que poco tiempo tardamos.
—Esto es darnos, tú dirás,
Con la puerta en las narices;
Pero no te ruborices,
Todo lo presenciarás.
Que aunque mi lira es muy mala,
Su poder mágico es tal,
Que podrás desde el portal
Ver lo que pasa en la sala.
Y yo te aseguro que
Al ver que en las escaleras
Un pié lleno de tachuelas
Descansa sobre mi pié,
Y que un mozo de calzones,
Por subir ántes que yo,
Engancha de mi reló
La cadena en sus botones,
Y que por desengancharlo
En tan estrecho camino
Estoy respirando vino
Y el humo de su cigarro,
Y, en fin, que.... ¡válgame el cielo!
Trás una gigante capa
El sombrero se me escapa
Y le pisan sin consuelo,

Dirás que si te dejé
Descortés en el portal,
No fué por quererte mal,
Sino por quererte bien.
Pues si conmigo subieras
Y el portal abandonáras,
El purgatorio pasáras
En aquellas escaleras.
Y á pesar de los nublados,
Las pisaditas aquéllas
Te harian ver las estrellas
Y hasta cometas barbados.
.....
.....
Por fin, despues de pasar
Más que pasó San Lorenzo,
Que estuvo, segun nos cuentan,
En las parrillas ardiendo,
Y al que pido me perdone
Si comparando le ofendo,
Logré llegar á la sala
Objeto de mis deseos.

EN LA SALA.

Entro, pues; pero enmudece
Mi lira, porque presume
Que no ha de poder pintar,
Aunque á ella mi voz se junte,
Ni dar movimiento y vida
Sin que una sombra lo enturbie,
Un cuadro en que tantos hablan,
Giran, gozan, rien, sufren;
Que reuniones como ésta,
En que cien personas bullen,
Es difícil bosquejarlas,
Querer cantarlas, inútil.
Pues las risas de los unos,
Y de los otros los chistes;
La bulla de los que hablan,
El tropel de los que suben
Y el toser de los ancianos,
Que echan de ménos sus lumbres,
Forman un conjunto tal,
Que mi voz no reproduce.
Uno recoge su capa,
Otro el sombrero sacude,
Aquél se aprieta la faja
Porque el cuerpo más se ajuste;
Y, en fin, aquel maremagnun
Que en la sala se rebulle,
Mal que le pese al poeta,
Al contarlo lo desluce.
Desisto, pues, y un diseño
Haré en que sólo figuren
Los sujetos principales
De que mi cuento se ocupe.

Álzase la plataforma
A un extremo del local,
Donde preside el alcalde
Y en la que están además
Los señores Concejales
Con el Juez municipal,
El Párroco, los ancianos,
Los Profesores; y allá,
A un extremo de la misma,
Grave y pensativo está,
Como queriendo ocultarse,
El viejo de que hablé ya.
Una mesa hay en el medio,
Y en ella grandes bandejas
De bizcochos, y de vinos
Del país várias botellas.
Escancia un mozo del tinto
Y otro una bandeja coge,
Y así el uno en pós del otro
Toda la estancia recorren.
«¡Jesus! dicen al beber:
»¡Dios quiera que se nos logre!
—»Buen provecho, y Dios lo quiera,»
Les contestan várias voces.
Y crece la animacion,
Y hay mil felicitaciones,
Y se suceden los bríndis
Y aumentan las emociones.
Hubo un momento de calma,
Y entónces el Profesor,
En un pequeño discurso,
Brevemente demostró
La utilidad de la obra,
Lo esencial que es la instruccion
Y el deseo de que presten
Todos su cooperacion.
No tanto porque coadyuven
A fundar esta obra pía,
Cuanto porque todos gocen
Esa especial alegría
Que el hombre siente al hacer
El bien á sus semejantes:
Que de seguro no hay gozo
Que con éste se compare.
Terminó, y al mismo tiempo
Unos cuantos mozalbetes
Alegres lanzan al viento
Atronadores cohetes.
Y «¡Bravo!» dicen aquí;
«¡Viva!» exclaman más allá:
«No hay que perder un momento;

Cuanto ántes á empezar.»
Y unos ofrecen las yuntas
Para arrastrar materiales;
Otros ofrecen maderas,
Y algunos otros jornales.
Y hasta un pobrecito hubo
Que, rico de corazon,
Dijo mostrando sus brazos:
«Daré una peonada ó dos.»
«Muchas gracias,» dijo entónces
Una ya cansada voz,
Algun tanto conmovida,
Sin duda por la emocion.
Y entre sereno y afable
Con noble satisfacion
«¡Feliz, dijo, quien bien hace;
»Bendito quien le ayudó!»
Y volvió á ocupar su asiento,
Terminando la sesion
Despues de firmar el acta
Que al efecto se extendió.

NOTA. Por causas ajenas á la voluntad del fundador, han estado suspendidas por algun tiempo las obras á que se refiere este escrito, hasta hoy 1.° de Enero de 1878, en que han vuelto á continuarse, y espera, con la proteccion divina, llevarlas á feliz término.